

ÁNGEL
GARCÍA LÓPEZ

Mester Andalusi

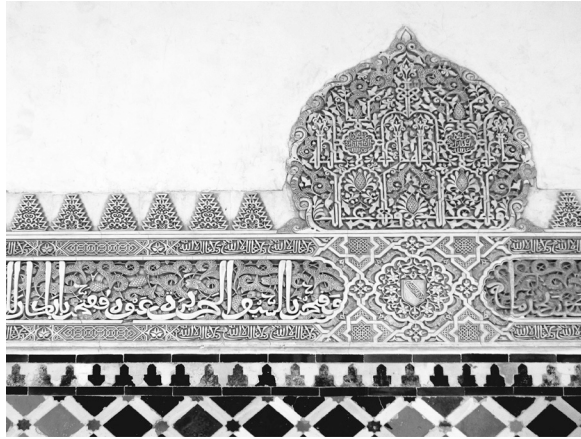


ARS POETICA

M E S T E R A N D A L U S Í

Ángel García López

MESTER ANDALUSÍ



ARS  POETICA

Ángel García López

MESTER ANDALUSÍ

colección

| BEATUS ILLE |

ARS  POETICA
boutique de poesía

Mester Andalusí
ÁNGEL GARCÍA LÓPEZ

Colección:
BEATUS ILLE

Dirección editorial:
Iliá Galán

Imagen de cubierta:
Patio de la Alhambra de Granada

Este libro obtuvo el Premio de Poesía Leopoldo Panero (1976)
y, posteriormente, el Premio Nacional de la Crítica (1978).



© 2020 Ángel García López
© 2020 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: febrero, 2020

ISBN: 978-84-17691-87-5
Depósito Legal: AS 00101-2020

Impreso en España
Impreso por Podiprint

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Emilia, este libro es para ti. Por eso lo dedico a la memoria de mi padre, Ángel García, y de mi madre, Herminia López, y a los que, como ellos, engendraron sus hijos en el Sur.

MEMORIA EN LA MISERIA Y DESTRUCCIÓN DE NAHDRA

Cada noche maltratan tu recuerdo las costas de este otoño que hiela las
agujas de Alayfe.

Es la imagen perdida que acoge la aventura de otros ojos abiertos más
que el sol a la nieve.

Tus miembros lacerados dibujan en la orilla lo que sólo a la playa puede
entender la arena.

Pues vierte el mar al heno un temor que se anuncia espada junto al bos-
que de tu cuerpo inocente.

Tú, Nahdra, te abandonas dejando que las flores sientan triste el consue-
lo de vivir más que el río.

Y es un collar que fingen las torres y banderas tal un viejo grabado don-
de el oro no duerme.

Y sólo a la tristeza descubres de los hombros las ropas que a la carne ha-
cen precisa y clara.

El brazo de la luna teje en ti los brocados que asedian tus pomares y tus
frutas silvestres.

Quema tu cuerpo un soplo que es viento y mueve al ave y hace ramo de
lumbre nunca extinto sus alas.

Y habla el fuego en tu rostro con la pátina hermosa que ordena en los si-
llares su presencia terrestre.

Oh Nahdra, Nahdra, cómo mentir sin que lastime la ciudad de tus pe-
chos este ejército torpe.
De estos arcos quién pudo tallarle a la hermosura caricia como el arte ha-
llara en sus paredes.
Sin embargo, quién yace sino tú, qué condena el mágico destello de tu
antorcha brillante.
Nunca poder en mano llevó la voz del lujo más alta ni atrevida que a tu
cuerpo el orfebre.
Mas pudieron los siglos con uñas de animales hasta hallarle a la piedra
lo indefenso de un corzo.
Palacios y aposentos que avisan en el musgo qué esplendor sólo el vivo
donde el reino es la muerte.
Ya no el mirlo, entre frondas, alegra los jardines con tallos y esculturas
que germinan en mármol.
Los senos poderosos, hoy cenizas, son joven recuerdo de otros años de
tálamo y placeres.
Y el tiempo te edifica, bella Nahdra, y te acrece con dones y perfumes
que tu ocaso violentan.
Son tus ruinas el trono donde un mundo descansa con fuerza y con am-
paros que jamás anohecen.
Pues tú, la necesaria, la siempre edad de arroyo, instalas en la yedra lo
más dulce de un trino.
Y tu historia es la lluvia, olor sólo que canta mientras lejos el aire, de-
solado, envejece.

AL-HANĪN ILĀ AL-ANDALUS

Contemplar es vestirse de aquel hermoso llanto, igual que hacen las torres hoy vencidas y en ruinas sobre los arrayanes.
Aquí están. Y las huestes del fatuo aragonés y de su esposa, la tan rubia Isabela, mancillan con sus ojos hoy a Sierra Nevada.
La corona humillaron, lo turquí de este cielo, y de esta guisa innoble el patio y los aljibes son aceñas de sangre.
Granada ya ha caído, y es mi cuerpo quien cae. Mi cuerpo como el brillo de estas dagas cubiertas por oprobio y por barro.
Éstas son, qué sirvieron. A qué los siglos tantos, baluartes, bastiones, los años forjadores del escudo y del hierro.
Ah, quién dijo «sois hombres, nadie podrá en vosotros; sólida es la muralla y más la noble mano con que Alá nos protege.»
Y el cerco sí ha podido, y Granada es perdida. Y todos nos iremos con Boabdil hacia nada, dejando tras nosotros un violento vacío.
«Nadie podrá en vosotros...» Cuán falaz fue la arenga, la voz de las mezquitas, las palabras de arrojo que signaban las suras.
Mirad cuán raudos huyen los valientes guerreros, los traidores zegríes y los abencerrajes, aquella blanca antorcha que era la infantería.
Olvidan sus aljabas con los ramos de mirto y con los surtidores, las monturas que antaño sosegaban la noche con su carga de nieve.
Cuáles son los varones, donde Tarfe y sus hijos y el padre de los padres que hizo posible un día este reino de oro de las generaciones.

Granada ya ha caído, y hoy es ella el Al-Andalus. Hoy sus granos mal-
trechos dan un zumo de sangre que ni Genil ni Darro cuando las
avenidas.

Ay de mí, que no he muerto. Que no supe ser digno con el arma en la
almena ni bruñir en sus flores la victoria de plata que acumula el
rocío.

Preferible a esta hora dejar batir el pecho por el mal castellano, hacer ni-
do a su lanza bajo el túmulo exangüe que es mi triste aposento.

Mejor que esta deshonra, que esta ignominia y duelo, sólo puede ser
muerte.

Mas Granada ha caído, y es mi cuerpo quien cae.

Y es mi cuerpo estas torres, el aire en los jardines donde puso su cetro la
gran bandera altiva del laurel y el naranjo.

Ah de Castilla, cuánto tendremos que odiarte, maldecir de tus gentes,
para hallar un consuelo semejante a este hurto.

Mirad qué son las puertas que el honor revestía, qué su alminar, el trono
donde sólo el zafiro pudo extender su mano.

Mirad sobre la vega la legión ya vencida, la siembra de turbantes donde
nueva ha florido la estación del almendro.

Distintos estos años de aquellos otros, libres, en que el tiempo era en bo-
das de guzlas y atambores, de esplendor y perfume.

Pero el trono es ya ido y nadie da en consuelo, ni los brazos ya pueden
sostener esta lluvia que apacienta mi rostro.

Trabaja la molicie más que el puño del fuerte. Y Ronda y Almería, y has-
ta Guadix, hoy cubren sus ojos con el luto.

Mas ahora, en el suelo, la historia de sus bienes, sus palmeras brillantes
que el valor despeinaba, son un precio de cobre.

Todas juntas, qué valen; lo que sólo una tienda, menos que la esmeralda
y apenas un caballo; la mitad de la espada de un gallardo jinete.

No, ninguna era ésta. Mayor era Granada, mejor que la Axarquía, más
que Lucena y Loja; lugar donde el regalo tomó de su fortuna.
Pero el viento es cristiano y el soplo así enemigo acerca hasta los hom-
bros el simún que os conduce hasta un vasto desierto.
Y allí veréis sus torres, mendigos de otra tierra en que el sol del exilio
vestirá vuestras ingles con velo de mujeres.
Pues no hay otra Granada. Y el destierro os acoge tras un breve suspiro.
Volved, volved, la Alhambra no se irá con vosotros...

APARICIÓN EN XAUQUIA

Reconocerte cómo, libertad, amplio vuelo, respiración perdida sólo dada
a los álamos.

Fueron forja en ti días que explican cómo herrumbre trabaja con molares
hasta hendir el acero.

Regresas a esta sombra creyendo que a tus ojos puede abrirse la tarde
como antaño el rocío.

Ramos buscas y torres que andaban sobre el aire con sus dóciles cargas
de piedras y azulejos.

La casa que era rica izándose en la cumbre frente a un mar de naranjos y
en su bello dominio.

Has creído que el tiempo es un niño inocente y poder tiene en mano que
gobierna lo eterno.

Sin embargo, tus ojos sólo encuentran las ruinas donde pudre el cadáver
de una tierra distante.

Dónde el Sur, aquel gozo que asustaba en los bosques mutilando la es-
carcha con el sol de su pecho.

Dónde canta la espuma que en la gasa, turgente, fue asaltando la tarde
bajo estrellas y lámparas.

Estás en la desgracia sin saber que tu historia es un pájaro triste y es un
árbol enfermo.

El mal hoy acontece y es la furia del aire un experto halconero que hace
daño a tus flores.

Ya aventado el perfume, horrible es la llanura y el monte que gritaba con su lengua de espliego.

Tu esplendor hoy fenece y es un ható de hierba mordido en los pesebres por edad y rebaños.

No es tu carne aquel bronce que a pie ganó batallas y que pudo en su arrojo destruir a guerreros.

Nadie en ti reconstruye lo que alegre vivía detrás de los geranios del jardín derruido.

Tu cuerpo que temblaba, palabra verdadera, oyendo a las raíces dar su fuerza al enebro.

Hoy en la sucia plaza los jinetes dormitan y el ocio es el comercio de nobles alazanes.

Las banderas que fueron espadas en las manos oxidan en los ríos lo cortante de un viento.

Pues todo cuanto miras es un patio con ruinas que hace oscuro el prodigio de la frágil violeta.

Fecundan las ortigas su carga de abandono sobre el sexo dorado de otros jóvenes fuegos.

Mas, oh tierra, triunfa quien puede con su puño sostener la esperanza como un alto edificio.

Así tú, no vencida y oculta entre las frondas que esconden de tu rostro recibir el consuelo.

Pues serás hermosura y, otra vez, aquel prado donde alienten semillas que arderán con sus frutos.

Y otra vez, oh palabra, libertad hoy perdida, serás al fin la patria y el más bello alimento.

INSCRIPCIÓN EN MADERA PARA UN FRISO OLVIDADO

Volando los tejados
cruzan años remotos con su lástima y humo.
Columnas asustadas
divinizan los restos de una tórtola herida.
La juncia se emociona
mientras tú creces alta sin ayuda del aire.
Reflejas en el río
una aguja de oro que hace blanco en la noche.

Contra toda desgracia
testifica tu cuerpo su estatura solemne.
Avanzas entre torres
como un mar que viajara poderoso a la costa.
Convicto ya tu rostro
de ser claro y brillante, no vencido y eterno.
Cegador más que un faro
que perfora la bruma, lo más gris de la niebla.

Sin embargo, quién puede
no alejarse un instante de tu falso espejismo.
Ni, borrando tu imagen,

convocar a los ojos más desnuda belleza.
Acercar sólo patios
con el son lastimero del aljibe y del agua.
Hasta hacer un suicidio
consumir la hermosura de tu pócima, Ixbiliah.